

LA EDUCACION SUPERIOR, LOS GATOPARDISTAS Y LOS AGACHADOS *

ANTONIO GAGO HUGUET **

Introducción

He dividido en dos partes mi participación en estos trabajos: la primera de ellas se refiere a ciertos elementos de carácter diagnóstico que ilustran mejor el estado actual de la educación superior en México. La revisión de estos asuntos es sumamente breve y además incompleta, pues sólo intento subrayar algunos aspectos entre los muchos que están descritos, con amplitud y detalle, en el Programa Integral para el Desarrollo de la Educación Superior, aprobado hace seis meses por la Asamblea General de la ANUIES y por la Coordinación Nacional para la Planeación de la Educación Superior (CONPES).

En la segunda parte comento algunas situaciones y problemas que suelen presentarse cuando se intenta llevar a la práctica lo planeado. Aunque la asociación de mis comentarios con los recientes acontecimientos en la UNAM es inevitable, debo advertir que mi propósito no es referirme a ese caso únicamente; lo que está ocurriendo en la UNAM es, ciertamente, un proceso de enorme importancia, pero no es un caso único ni constituye la primera confrontación de intereses y puntos de vista cuando se plantea un programa de cambios.

En síntesis, intentaré formular algunos juicios que sirvan de pretexto para una discusión posterior y, también, que constituyan los primeros trazos de lo que en el futuro será un documento más amplio y mejor pensado acerca de las tribulaciones de la educación superior, cuyo timón se disputan, entre otros, los innovadores, los gatopardistas y los agachados.

Primera parte: Algunos elementos para el diagnóstico

Es difícil, y obviamente peligroso, resumir en unos cuantos párrafos los juicios respecto al estado que guarda en nuestro país un servicio tan complejo como es el de la educación superior; sin embargo, es un riesgo que debe correrse. Personalmente prefiero esta actitud sobre aquellas que intentan hacer pasar por prudencia y cautela lo que no son sino desplantes pusilánimes. Y aquí me refiero tanto a los pusilánimes que niegan cualquier avance o situación positiva como a quienes evitan, en todo trance, la expresión de un problema o el reconocimiento de una falla. Por su contraste con este tipo de evasiones se identifica el primer gran mérito del diagnóstico que contiene el PROIDES. Ahí se dice, sin eufemismos, lo que está mal y también lo que se ha hecho bien; no se confunde el beneplácito con el triunfalismo, ni la crítica con el afán de destruir. Creo sinceramente que ese diagnóstico es veraz y muy importante, y que sus errores o insuficiencias no obedecen a propósitos de exaltar o denigrar, sino a carencias reales, sobre todo de información confiable, cabal y oportuna o, si se quiere, pueden imputarse esos errores a deficiencias metodológicas, entre las que incluyo la a veces excesiva consulta a personas no siempre capaces de tomar decisiones o con demasiados recelos.

De lo hasta aquí dicho quiero extraer que un rasgo evidente de nuestro sistema de educación superior son las enormes dificultades que tiene para identificar aquellos fenómenos que han de ser considerados como problemas y, más que nada, para otorgarles una prioridad. Ponerse de acuerdo en estos asuntos nos ocupa más de lo necesario.

Si tomamos lo antes anotado como una premisa, desprenderemos que los problemas y las demás afirmaciones diagnósticas que contiene el PROIDES, así como los que aquí comento, son los puntos de vista de un grupo de planeadores de la educación y de un importante número de académicos y directivos de las principales

*Trabajo presentado en el Congreso Nacional de Educación 1987; Universidad de las Américas, Cholula, Puebla; marzo de 1987.

**Director de Educación Superior; Secretaría de Educación Pública.

universidades del país; sin embargo, no son el único punto de vista, y es obvio que frente a ellos se han expresado enfoques distintos e incluso radicalmente opuestos. De esto éramos conscientes desde que se hizo el Programa. El PROIDES adoptó como eje fundamental de su diagnóstico y, por lo tanto, de sus propuestas de estrategia y operación, aquellos asuntos y circunstancias que conspiran contra una educación de buena calidad, contra la prestación rigurosa de servicios de enseñanza y contra la realización de investigaciones eficaces y eficientes. Así enunciados, en términos tan generales, los juicios diagnósticos del PROIDES lograron pronto amplio consenso, pues pocas personas dejaron de consentir en que la calidad de la educación superior está deteriorándose y, además, todos coincidieron en que muchas cosas deberían cambiar. No obstante, el consenso fue menos amplio cuando en el propio diagnóstico se pasa a las consideraciones particulares, cuando se describen los elementos que se consideran problemáticos, fallidos o deficientes, o cuando se atribuyen las causas de estas circunstancias indeseables a determinados factores y fenómenos.

Sin dejar de considerar y respetar esas diferencias e, incluso, las discrepancias tajantes, creo indispensable destacar los aspectos que mejor caracterizan actualmente a nuestro sistema de educación superior

1. El balance que hagamos después de sumar y restar, después de ponderar los avances y los retrocesos, será indudablemente favorable y a todas luces positivo. La intensidad o el monto de los logros podrá variar según los momentos de nuestra historia educativa que comparemos y según los aspectos o los grupos sociales que tengamos en cuenta, pero siempre habrá un saldo global favorable. México ha progresado invariablemente en materia educativa en los últimos 60 años. Para negar esto, no encuentro una razón que no obedezca a un propósito sectario o a una situación de ignorancia de los hechos. Pero este avance no implica que ya podemos arriar las velas o colgar las hamacas. Hay muchos problemas por resolver.
2. Entre los asuntos que es necesario corregir destacan las distorsiones derivadas del deforme crecimiento en el conjunto de las instituciones de educación superior; y aquí es necesario atajar de inmediato a quienes supongan que hablar de los problemas del crecimiento implica necesaria u obligadamente que se es partidario de las políticas restrictivas, elitistas, eficientistas, darwinianas o cualquier otro adjetivo de los que suelen emplear quienes se autodesignan como los únicos poseedores del comportamiento democrático. Los problemas del crecimiento de nuestro sistema de educación superior no están en el aumento en sí del número de instituciones o del monto de la matrícula estudiantil; de la cantidad de programas educativos o del volumen del personal académico y administrativo. Esos incrementos han sido constantemente impulsados, han caracterizado, más que cualquier otro factor, las políticas educativas mexicanas y constituyen puntos indiscutibles de avance en nuestro desarrollo social. Pero una cosa es buscar siempre el crecimiento y otra es no atender las deformaciones generadas y despreocuparse del rumbo que se considera mejor, en el futuro, para ese crecimiento. Aumentar simplemente las cifras; crecer por crecer; ingresar a la universidad sin saber a qué; exhibir títulos y grados que no siempre se sustentan con conocimientos y destrezas; fincar el desarrollo y la capacidad de los jóvenes solamente en su aptitud para la denuncia y la objeción; sustituir la verdadera justicia social con fórmulas de ingreso automático a las instituciones educativas; abandonar el rigor y la responsabilidad en los quehaceres cotidianos, con el pretexto de que la eficacia y la eficiencia son criterios empresariales y, tan sólo por eso, contrarios a la misión de la Universidad; éstos y muchos supuestos más que se vienen adoptando como mandamientos de una nueva forma de beatería, no son más que espejismos. Y precisamente porque nada mueve con mayor rapidez y entusiasmo a la gente que los espejismos, éstos deben ser identificados y combatidos. Porque estamos convencidos de que no hay peor fraude social o actitud más elitista que ofrecer educación de segunda clase a los grandes grupos sociales, se está intentando reorientar el sistema de educación superior principalmente hacia metas de mejoramiento y consolidación, sin dejar de crecer. Si se tiene en cuenta que las tareas educativas no se realizan al margen de las circunstancias económicas y sociales se comprenderá por qué, dada la situación incierta y frágil de las finanzas de nuestro país, se hace necesario crecer con menor celeridad, pero buscando buena calidad y armonía; también se comprenderá la inevitable decisión de buscar la eficacia y evitar el desperdicio.
3. Otro rasgo característico de nuestro sistema de educación superior es la amplia diversidad de oportunidades que presenta en sus ámbitos y objetos de estudio, así como la irrestricta libertad para el quehacer humanista, científico y tecnológico. A pesar de los choques que toda pluralidad de concepciones gene-

ra y teniendo en cuenta el desgaste y la demora que implica toda conciliación de las divergencias, en nuestras instituciones educativas se ha preferido el paso, aparentemente más lento, de quien se propone convencer más que imponer. Tal circunstancia crea un problema adicional, ya que no sólo deben salvarse los obstáculos que surgen del abuso en el diálogo y el debate, sino que debe resistirse la tentación de emplear soluciones autoritarias, muchas veces sugeridas o demandadas de buena fe y, en ciertas ocasiones, consideradas como la única opción, aunque no sea la mejor.

4. Otro aspecto importante en el diagnóstico de la educación superior mexicana lo constituyen sus numerosos y, a veces, dramáticos contrastes. Al evaluar las desigualdades nos percatamos de que vivimos ante una diversidad de circunstancias, tal vez explicable, aunque no deseable, ya que enfrenta a los diferentes grados de desarrollo académico, administrativo, financiero y cultural que han alcanzado nuestras universidades y demás instituciones de educación superior. Es tan amplia la gama de situaciones en todo el país y a lo largo de las disciplinas, las ciencias y los quehaceres, que virtualmente existe un ejemplo para ilustrar cualquier juicio particular que se quiera hacer. Quien busque excelencia la encontrará; quien prefiera señalar las más serias deficiencias, también las encontrará.

Tal vez sea esta situación, la del desarrollo desigual, la que mejor explique la ejecución incierta, jaloneada y contradictoria de nuestros planes y programas. Tal vez ello explique la paradójica situación que vivimos, pues estamos en una circunstancia donde son diversos los puntos de vista en el diagnóstico y en la estrategia de solución; en la que son también contradictorios esos puntos de vista y en la que, al mismo tiempo, todos tienen razones para suponer que tienen la razón.

Aunque estoy omitiendo infinidad de elementos y rasgos que nos llevarían a un diagnóstico cabal de la educación superior mexicana, prefiero dedicar el tiempo que me resta a otros asuntos. Supongo que la mayor parte de ustedes conoce el PROIDES o ha leído otros documentos en los cuales se hacen análisis diagnósticos de este mismo servicio educativo en forma detallada y precisa. Por ello, pasaré a comentar algunas cosas que suceden cuando se intenta poner en práctica un programa.

Segunda parte: Los innovadores, los gatopardistas y los agachados

La educación superior mexicana tiene muchos protagonistas y son innumerables las circunstancias sociales que a ella se vinculan. Todos los sectores y grupos tienen una opinión de lo que debe hacerse en las universidades y sobran sugerencias sobre la manera de hacerlo. Pocas cosas son observadas tan detenidamente y, al mismo tiempo, tan cuestionadas como las decisiones que se toman en las escuelas o en el sistema educativo en general. Todo esto ha caracterizado a los ámbitos educativos y, de manera especial, a los universitarios, como medios sumamente sensibles, dinámicos y complejos. Ahí lo único igualmente frecuente que la demanda de cambios es la resistencia al cambio. Empezar programas y cancelarlos sin la oportunidad de mostrar sus resultados es casi una costumbre. Congelarse en la parálisis y mantener el mismo estado de cosas es también otra costumbre. La coexistencia de estas situaciones es vieja, casi tradicional, en la educación superior mexicana. Hemos visto durante décadas cómo se ha intentado impedir la realización de programas de cambios y mejoramientos bien preparados, técnicamente apuntalados y a todas luces necesarios. Hemos visto siempre la reacción frente al propósito de innovar o, al menos, de recuperar niveles y circunstancias que se habían perdido. Hemos visto muchas veces la reacción de los que estaban quietos y conformes hasta que no les afectaron intereses o condiciones ventajosas. Hemos visto la reacción de los gatopardistas, quienes quieren cambios para que las cosas sigan igual; los hemos visto llamarse de muchas maneras y sentirse defensores de los desposeídos, cuando en realidad estaban capitalizando diversos descontentos. Un ejemplo más reciente de estos últimos fue el de miles de jóvenes que veían amenazado el privilegio inexplicable de ingresar automáticamente a los estudios superiores, independientemente de sus aptitudes y motivaciones para esas tareas. Hemos visto durante dos décadas cómo los pseudorreivindicadores desvirtúan las verdaderas batallas por la justicia social cuando asumen que el ingreso a una universidad debe ser irrestricto, pues a la universidad corresponde, según ellos, rescatar a cualquier joven que sea o se suponga marginado. En aras de esa alquimia los nuevos émulos de Paracelso están dispuestos a convertir las universidades en centros asistenciales donde se subsanan

carencias ancestrales. Hay otros que no tragan esa rueda de molino, pero la aprovechan para propósitos menos ingenuos, evidentemente políticos. Y desespera ver cómo le hacen el juego a los verdaderos responsables de la miseria, de la marginación y la injusticia. Propiciar la pseudoeducación y conformarse con sucedáneos de lo que debería ser la mejor formación, la educación integral y genuina, es la manera más segura de impedir la movilidad social, es la manera más eficaz de desacreditar a las universidades públicas, es la manera más cierta de cerrarles puertas a las grandes masas de egresados.

Tales posiciones las vimos frente a Ignacio Chávez y contra Javier Barros Sierra y han sido también muchos los intentos de renovación que se han frenado en las universidades estatales en los últimos años. Quienes planean y hacen programas deben enfrentar invariablemente las resistencias, más peligrosas hoy, cuando la innovación es más necesaria, cuando no hay margen para el desperdicio, cuando es impostergable alcanzar no sólo la eficacia, sino la excelencia. Es obvio que tales reacciones de los oportunistas han de ser contrarrestadas. Mantenerse impassibles o indiferentes ante estos embates contra las universidades podría llevarnos a pagar un precio que la historia condenará: ceder las instituciones de educación superior a ciertos dirigentes, cuando a éstos no les queda más remedio que conformarse con saborear las victorias obtenidas al deslumbrar a los adolescentes; cuando han fracasado en las verdaderas luchas que demanda la doctrina económica, incluso la ideología, que dicen haber asumido. Creo sinceramente que tal concesión, tal precio, es inaceptable y constituiría un daño irreparable para la nación. Aquí discrepo de quienes proponen salvaguardar otros sectores de nuestra estructura política y económica entreteniéndolos a estos grupos de la oposición en las universidades. Tal discrepancia la expreso con preocupación, pues la teoría del confinamiento de la izquierda en las universidades parece tener cada día más simpatizantes; sobre todo, entre quienes son objeto de entretenimiento, los cuales son tantos que han llenado el zócalo. Y esto preocupa más, pues nos dicen que les basta con ello, con llenar el zócalo, para tener “la fuerza y la razón” que les permitirá fijar el rumbo de las universidades. Me pregunto qué pasará cuando otros grupos, con otros esquemas y otras concepciones de la Universidad, también llenen el zócalo. ¿Cuál contingente valdrá más?, ¿cuál será la cuota de manifestaciones, asambleas, foros, plantones, etc., que permitirá identificar al mejor postor, a ese grupo al cual habría que encomendar el destino de las universidades?

Es molesto emplear estas expresiones, podría incluso ser impropio, pero ésta es la manera como he decidido advertir la absurda situación a que se puede llegar, a la que hay gran riesgo de caer si quienes pueden impedirlo permanecen a la expectativa, manteniéndose agachados en espera pasiva de lo que el destino les depara.

Ahora es oportuno recapitular lo dicho y llegar a ciertas conclusiones

1. Existe un diagnóstico en el cual coinciden amplios y calificados sectores de nuestro sistema de educación superior. Los problemas y las estrategias para resolverlos han sido suficientemente discutidos, han sido propuestos a cada casa de estudios; sólo cabe esperar la participación que corresponda a cada protagonista.
2. Las perspectivas de la educación superior son, en gran medida, inciertas, precisamente a raíz de la reacción ante los proyectos recientemente formulados. Circunstancias que todos conocemos tienen a nuestra principal casa de estudios y, de hecho, a todas las instituciones educativas, en el filo de la navaja, en un momento verdaderamente crucial.
3. En ese marco de incertidumbre y de grandes oportunidades es previsible que la mayoría de los profesores e investigadores asumirán plenamente su responsabilidad, sin escatimar esfuerzos ni regatear los actos de compromiso; sin esperar a ser convencidos harán la defensa de los principios esenciales de la Universidad, los cuales no deben confundirse con el sectarismo, el fraude y la simulación. En esta expectativa de compromiso incluyo la participación decidida y evidente de los demás universitarios, quienes, por esta vez, no deberán suponer que lo que se está discutiendo es algo que solamente compete a los que planean. La verdadera vida universitaria es la que se hace cotidianamente, es la tarea que debe cumplirse cada día. Los que cumplen en cada jornada deben combatir a quienes aparecen esporádicamente, en forma oportunista, cuando se pierden ventajas.

4. Veo entre las expectativas de la educación superior mexicana una oportunidad ideal para que nuestra propia capacidad de creación nos permita abandonar la timidez, cautela o indecisión y, así, emprender reformas necesarias e innovaciones impostergables.
5. Reconozco que tales pronósticos, influidos obviamente por un deseo de que así sean las cosas, requieren, para su cumplimiento, mayores recursos financieros y de entusiasmo y voluntad, pero demandan, sobre todo, talento, generosidad y entrega incondicional. Ver a la Universidad como algo mucho más trascendente que un lugar de trabajo donde se gana un sueldo o se obtiene un título es condición indispensable para salir de las filas de los gatopardistas y los agachados.